

hablábale yo tanto!

ADRIANA. ¡Lo comprendo! es decir que él hablaba de mí poco.

ISAAC. De ti hablaba también, todos los días, pero con gravedad, en otro tono, burlándose á menudo con sarcasmos de nuestras niñerías.

ADRIANA (con una desesperacion ahogada.)

De este modo nuestros caros recuerdos califica!

ISAAC. Como él es hombre ya! Los hombres todos encuentran casi siempre muy pequeñas nuestras dichas, pequeños nuestros gozos. Pero es igual, se alegrará de verte. Aguardanos.

(Adriana con un ademán de reconvenccion le muestra sus cadenas.)

¡Dios mío! bien conozco que te he causado pesadumbre. Deja que bese tus cadenas... ¡Cuánto os odio, ó blancos!... ¡oh! ¡qué duras son! ¡qué frias hiélanme el corazon cuando las toco.

ADRIANA. Mas frias son, mas duras sus palabras.

ESCENA IV.

ADRIANA (sola.)

¿Con que volveré á verle?... ¡á él!... ¡y pronto!... Tiembla mi corazon; quiere salirse del pecho, irle á buscar... ¡A quién? ¡Oh loco devaneo!... Tal vez una mirada tan pesada, tan fria como el plomo; tal vez una palabra balbuciente, con tedio pronunciada y con sonrojo. ¡Oh! ¡mas valiera perecer sin verle en la profundidad del calabozo!

ESCENA V.

ADRIANA, ISAAC, ALBERTO, despues **SALVADOR.**

(Se oye limar y caer uno de los barrotes de hierro de la cárcel. Isaac salta el primero en el subterráneo, y da la mano á Alberto arrastrándole hácia Adriana. Adriana se tapa varias veces el rostro con las manos, como temiendo ver á Alberto.)

ISAAC (dejando á su hermano á mitad del camino, y saltando al cuello de Adriana.)

¡Henos aquí!...

(Viendo que su hermano se ha quedado atras como indeciso, y no osando acercarse.)

¡Sigue, Alberto!...

¡haz como yo!... ¡nada temas!

¿No ves que á ella acercarse

le prohíbe la cadena?

Ella no puede... mas tú...

¿qué encuentras que te detenga?

¡Miraos pues!... ¡Estais mudos

uno del otro en presencia,

y ni levantaiis los ojos!

¿por qué así mirais la tierra?

¿Consiste, Alberto, el amarla

en tener miedo de verla?

ALBERTO (con una afectacion sensible acercándose á Adriana para besar su mano.)

¡Miedo de verla!

ADRIANA.

¡El lo ha dicho,

y no miente, no, su lengua!

(Aprieta convulsivamente la mano de Alberto en sus manos encadenadas.)

¡Engañame!... Mas no, no,

díme la verdad entera;

si te has propuesto matarme,

que de un solo golpe sea.

ALBERTO (de rodillas y mirando á Adriana.)

¡Adriana! ¡Adriana! ¡por qué

con tus palabras severas

este instante en que volvemos

á vernos; ay! envenenas?

ADRIANA (*indicándole con la mano las bóvedas subterráneas.*)

¡Ah! si debía de nuevo
acercarnos nuestra estrella,
¿había de ser, hermano,
en una mansion tan negra?
¡Yo en esta oscura mazmorra
en que viva se me entierra,
y tú amigo de los blancos,
de los que me tienen presa!
¿Ser libre en estos lugares,
Alberto, no te avergüenza?
¿Aqui, donde los tiranos
nuestro horizonte nos niegan?

(*Durante estas últimas palabras de Adriana, se ve á Salvador entrar en el subterráneo por otra puerta, y se queda escuchando medio oculto á la sombra de un pilar.*)

ALBERTO. ¡Oh! ¿por qué contra los blancos
esos odios alimentas?
Son tambien nuestros hermanos
los tiranos que detestas.

ADRIANA (*mostrándole sus manos encadenadas.*)

¡Y tú lo dices, estando
tu hermana en estas tinieblas!
ALBERTO. ¡Perdóname! ¡lo olvidaba!
¡oh! sí, sí, ¡malditos sean
todos los que te profanan!
¡mil y mil veces perezcan!
¡Vergüenza y muerte á los crueles
cuyas manos te encadenan!
¿No pudieron desarmarles
tus lágrimas y belleza?

ADRIANA. ¿Qué crimen has cometido?
¡El de amarte tan de veras!
¡el de servir á tu padre,
el de volverle la prenda
de su corazon, y hallar
á un hermano! ¡Alberto! ¿es esa
su virtud que te fascina?
ALBERTO. ¡Eso es su error!

ADRIANA. ¿Es posible
que aun á absolverles te atrevas?

ALBERTO (*enternecido.*)
¡Absolverles yo del llanto
que tu puro amor te cuesta!

Por cada lágrima tuya
de sangre una gota diera.

(*La abraza.*)

ISAAC (*enlazando á los dos con sus brazos.*)

¡Oh! no en vano yo decia
que al vernos, Adriana bella,
formaríamos los tres
uno solo donde quiera.

ADRIANA. ¿Alberto mio, es verdad?...
¿Será posible que pueda
volver de nuevo un hermano
á su padre que le espera?
ALBERTO. Sí, yo ablandar lograré
á esos hombres, á esas hienas...
A ellos voy...

ISAAC. No, volverian
mas pesadas sus cadenas...
Mis manos las romperán,
no las tuyas.

(*Corre hacia la reja; coge la lima con que cortó el barrote para introducir á Alberto, y se la entrega á este.*)

Tú mas fuerza
tienes que yo... ¡Toma! ¡lima
sus cadenas!... ¡Cuánto pesan!
Por nosotros las llevaba,
¡que nuestras manos pues sean
las solas que se las quiten!
Pronto, Alberto; el tiempo apremia...
Salgamos ya... nos protege
la noche con sus tinieblas...

ADRIANA. A los tres un padre aguarda.
ISAAC. A los tres un ángel lleva.

(*Alberto lima precipitadamente las cadenas. Adriana, ya libre se precipita en los brazos de Alberto.*)

ADRIANA. ¡Alberto mio!... ¡Ser libre,
y ser tú quien me liberta!
¡Toussaint! ¡hé aqui tu hijo!

ALBERTO. ¡Y tu amante, Adriana bella!
ADRIANA. ¿Qué has dicho?... ¡Dilo otra vez!...
¡que se prolongue y estienda
la magia tan deliciosa
de esta palabra halagüena!

¿Mintió, pues, el que decía
que ya indiferente te era?
¿Tu corazón de mi amor,
Alberto, no se avergüenza?
¿No es, pues, cierto que te afrente
el cariño de esta negra,
que erigió en su pecho un trono
á tu imagen que venera?
¿Te acordabas de tu hermana
desde tan lejanas tierras?
Dilo, repítelo, Alberto;
di que me amas; me deleita
esta palabra; en mi oído
como una música suena.
¡Yo te amo tanto! lo saben
los desiertos y las selvas,
los mares, los vientos, todo...
Se lo decía en tu ausencia.
Dí que me amas, y huirémos.

SALVADOR *(se desprende furioso de la sombra del pilar que le oculta
y se presenta como una fantasma terrible entre los dos amantes.)*

¡Silencio!

(A Adriana.)

¡Mala culebra,
que con lengua ponzoñosa
su corazón envenenas,
bien pronto bajo mis plantas
serás aplastada y muerta.

(A Alberto y á Isaac.)

¡Salid vosotros!... Soldados,
conducid donde no vean
la luz á esos dos rebeldes.
Vigilentes centinelas,
fija la vista en sus gestos,
fijo el oído en su lengua.

(Los soldados se llevan á los dos hijos de Toussaint.)

ESCENA VI.

ADRIANA, SALVADOR.

SALVADOR *(á solas paseándose rápidamente por la escena.)*
Si tan á tiempo no vengo
con su lengua de serpiente

me arrebató el ascendiente
que sobre los dos mantengo.
¿Quién sabe si lo he perdido
en su corazón? ¿qué afrenta!
Al consejo he de dar cuenta
de todo lo sucedido.
¿En adelante podré
poner freno á la pasión
que nutre en su corazón
ese joven? No lo sé.
¿Es un remedio eficaz
contra esa fiebre la ausencia?
no alimento tal creencia;
el amor es pertinaz
y rebelde... ¿Qué haré pues?
Con otra pasión la muerte
daré á su amor. Si este es fuerte,
el orgullo también lo es.
Pronto haré que se avergüence
Alberto, que es orgulloso,
de un amor tan poco honroso;
el orgullo al amor vence.
Ella me inspira piedad...
¿mas ante un remordimiento
retrocede el pensamiento
de hombres de mi calidad?
¿Jamás! de mí no se diga
que vacilé un solo instante;
ningun medio es repugnante
mientras el fin se consiga.

ADRIANA *(lanzando un grito y cayendo á los pies de Salvador.)*
¡Dios mío! muero á sus pies.

SALVADOR *(la levanta desmayada y ve el retrato.)*
¿Sueño ó vértigo!... ¿qué miro!
¿estoy despierto ó deliro?
¿Acaso una visión es
que, juntando en sus enojos
recuerdos con que me pasma,
ha formado esa fantasma
que se burla de mis ojos?
La fantasma disipemos,
fijando en ella la vista;
no hay milagro que persista
cuando los ojos tenemos
(Se acerca á la claridad para ver mejor.)
bien abiertos... claramente

lo veo... no hay duda; no;
 ¡soy yo! ¡soy yo! ¡siempre yo!...
 la semejanza no miente...
 ¡El retrato, que insensato
 dejé aquí, de esa mujer
 cómo ha pasado al poder?...
 ¡Dios mio! ¡y si ese retrato
 del desapiadado padre
 colgado hubiera del cuello
 de la huérfana, cual sello
 de su cariño, la madre
 con el fin de que algún día
 pudiese hallar al autor
 de su existencia el amor
 de madre siempre confía.
 ¡En reflexiones me abisma
 misterio tan singular!
 ¡Lo que quería aplastar
 era ¡gran Dios! mi alma misma!
 (A Adriana levantándola de nuevo.)
 ¡Habla ya!

(Adriana hace un ligero movimiento. El padre Antonio atraviesa el patio y abre la puerta rejada, reapareciendo luego bajo el subterráneo.)

ADRIANA.

Le veo, es él.

SALVADOR.

¡Destino! ¡destino ingrato!

(Mostrando el retrato á Adriana.)

Dí, ¿quién es este retrato?

ADRIANA.

¡Mi padre!... ¡dámelo, cruel!

SALVADOR (azorado.)

¡Su padre!... ¡Oh crimen!... ¡qué horror!

Ignoro qué he de hacer de ella...

¡Con mi fortuna se estrella

en este encuentro mi honor!...

¿Callará si se lo digo?...

¿dónde huir? ¿do la traslado?

Soy por mil ojos espiado,

y ¡ay como tenga un testigo!...

(El fraile atraviesa la parte alumbrada bajo el pilar de la derecha.)

¡Esperanza! un religioso

aquí me envía el acaso

para sacarme de un paso

SALVADOR. tan fatal, tan peligroso.

Nadie pedirá á su cruz

cuenta de esa desgraciada,

de esta mansion arrancada,

do no tiene aire ni luz.

ESCENA VII.

Los mismos, EL PADRE ANTONIO.

SALVADOR..

¡ Ministro de caridad,

á quien Dios, que os es propicio,

para hacer un beneficio

aquí trae, por piedad

para un extraño misterio

asistidme en mi zozobra;

auxilieme en mi obra

vuestro santo ministerio.

EL FRAILE (espiando á Adriana con la vista.)

Mi mision es socorrer

al débil que está sufriendo.

SALVADOR.

Pues bien, buen padre, corriendo

lleaos á esa mujer.

De despierta centinela

la vigilancia engañad;

id al puerto; preguntad

por Serbelli, y esa esquela

(Escribe dos palabras en la hoja de un libro de memorias y la arranca.)

entregadle. La partida

él tiene ya preparada

de esa jóven desdichada;

salvad, buen padre, su vida.

Va el buque á zarpar... Os dé

el cielo su bendicion;

mucho apremia la ocasion;

despues todo os lo diré,

despues, padre, con mas calma.

EL FRAILE (cogiendo á Adriana bajo un brazo.)

Salvarla pronto os prometo.

No quiero vuestro secreto,

quiero de un ángel el alma.

SALVADOR.

¡Que en pos no quede de vos

de vuestra accion huella alguna!

(Aparte.)

Ese fraile... ¡qué fortuna!

EL FRAILE (en voz baja.)

¡Gracias te doy, santo Dios!

(Se aleja, llevándose á Adriana oculta entre los pliegues de sus hábitos.)

ESCENA VIII.

SALVADOR (solo.)

Respira, corazon... ¡mi buena dicha de qué fardo tan grave te aligera!
Este retrato pérfido ocultémosdo ningun ojo de mortal lo vea.
No faltará algun cómplice en su fuga... cualquiera, nuestras mismas centinelas; acusemos el oro... ¡Siempre el oro suele de una prision abrir las puertas, y del viejo Toussaint nuestros alcaldes no aciertan á burlar la estratagema!

ESCENA IX.

SALVADOR, SERBELLI.

SALVADOR. ¡Hermano! ¡hoy el acaso me ha servido mejor que tú! Tenia de mí cerca la misma jóven que temia tanto, y un pobre fraile me ha librado de ella.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Tú sin duda le habrás visto.

Él te la conducia. Con presteza vuelve al puerto, y escíbeme al momento.

SERBELLI. ¿Un fraile?

SALVADOR. Sí.

SERBELLI. Que una muchacha lleva, una niña muy pobre y andrajosa, pálida, débil, de la muerte emblema.

SALVADOR. La misma, sí, que la conduce al buque por mí mismo provisto de una esquila.

SERBELLI. ¿Al buque? ¿al puerto? ¿al mar?

SALVADOR.

Si, si, te digo...

No sé que extraño vértigo te ciega.

¿No le has visto?

SERBELLI.

¡Gran Dios! ¡qué horrible lazo!

SALVADOR.

¿Qué has visto pues?...

SERBELLI.

Lo que saber no quieras!

SALVADOR.

¡Sácame de una vez de horribles dudas, que tu palabra el corazon me hiela!

SERBELLI.

Escucha, hace muy poco que saliendo del cuartel general, de mí muy cerca pasar vi un fraile... de infernal mirada. Una niña andrajosa y macilenta,

pero á pesar de todo encantadora, iba siguiendo trémula sus huellas.

Se habían separado unos cien pasos de las murallas y del fuerte apénas,

cuando de una oscurísima emboscada de negros vi salir una caterva

que recibió á los dos. La cabalgada,

huyendo bulliciosa á rienda suelta,

ganó al punto los cerros...

SALVADOR.

¿Y eso es cierto?

SERBELLI (indicándole la ventana.)

¡Mira! ¡observa!...

SALVADOR.

¡Oh crimen! ¡oh traicion! ¡en este día mi corazon se pierde y mi cabeza!

¡Pasaré por traidor desde este instante,

y mi reputacion sabes cuál era!

¡Esperanza, ambicion, todo perdido!

¡nada; triste de mí! nada me queda!

¡Donde quiera que miro encuentro escollos!

¡Con aquel polvo mi fortuna vuela!

FIN DEL ACTO CUARTO.